

LA PROVINCIA DE TARRAGONA

DIARIO POLÍTICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
Año I	
En Tarragona, trimestre.....	5 ptas.
Fuera de la capital.....	6 »
Extranjero.....	10 »

Redacción y administración: CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ, 5

SE ADMITEN ANUNCIOS EN LA IMPRENTA DE ESTE PERIÓDICO

ADVERTENCIA INTERESANTE
Los anuncios, reclamos y comunicados, á precios convencionales.
Se publica todos los días excepto los lunes.

Núm. 88

A grandes males, grandes remedios

Fija la atención de los españoles en los proyectos de Hacienda del Gobierno, á ellos es forzoso referirse y dedicar detenido estudio, para contribuir en la medida de nuestras escasas fuerzas á demostrar la importancia de la obra financiera del señor Villaverde.

Hasta la fecha teníamos acostumbrados los ministros de Hacienda, á ver desfilar ante las Cámaras unos presupuestos que no reconocían otra base que el artificio y la falsedad en los datos. Se ocultaba en ellos la verdad, esa verdad que el país debe conocer en toda su integridad para saber á ciencia cierta las fuerzas con que cuenta, y se le presentaba un porvenir lisonjero, á través de cuadros imaginarios que convertían á la postre en decepciones y desencantos.

Mas, se imponía hablar el lenguaje de la realidad, era preciso cimentar nuestro crédito, echar las bases de nuestra reorganización, en una palabra, entrar en un período de franca convalecencia, que nos repusiera de los pasados desastres y nos presentase á los ojos del mundo como un pueblo sensato, que no desdena el sacrificio, cuando el sacrificio es indispensable.

El mal que aqueja á la nación española, es gravísimo; era, pues, llegada la hora de abandonar remedios ineficaces y temperamentos de debilidad, para combatir el mal con la energía que las circunstancias demandaban: «á grandes males, grandes remedios».

Aplazar la liquidación de los efectos de las guerras y de los fracasos, no evitaría el llegar á la corta ó á larga, al día de la liquidación, y cuanto más tardase en sobrevenir dicho día, más insostenible había de ser la carga que sobre los españoles recayera y más difícil de enjugar los déficits que sucesivamente fueran presentándose.

Siendo, pues, una necesidad imprescindible acometer con fé tan árdua empresa, sólo placemes debe merecer quien ha tenido valor y talento para llevarla á cabo.

Reconocida esta necesidad, quedaba reducido el problema á los siguientes términos: ó España tiene medios y elementos para reconstituirse y ocupar en el mundo el lugar que le corresponde, aún á costa de grandes sacrificios, ó España ha de seguir viviendo de la trampa y del barullo financiero en que durante estos últimos años se ha desenvuelto su Hacienda, exponiéndose con ello á perder su honor y hasta su nacionalidad.

Al dar contestación á estas preguntas no creemos que nadie vacile; los medios de solucionar el problema, en la conciencia de todos están.

Era necesario, para salvar los intereses nacionales, que todas las clases contribuyentes se aprestasen á hacer sacrificios en bien de la patria, y era preciso para ello que se presentase un presupuesto de ingresos seriamente estudiado, como el que ha sometido á la deliberación de las Cortes, tan improbable y bien meditado trabajo, el señor ministro de Hacienda.

Descontado estaba que los intereses particulares, que necesariamente han de resultar heridos, al sentir de cerca la necesidad del sacrificio, habían de protestar y de pro-

curar defenderse. Esta ha sido siempre la historia de todas las reformas implantadas en el sistema contributivo.

Reconocemos todos que los sacrificios son absolutamente necesarios; aplaudimos los que á otros se imponen, pero casi todos querrian ver recargado el impuesto del vecino, con tal de que quedaran aligeradas las cargas propias.

Con tal manera de ser, imposible de todo punto es que ministro alguno pueda presentar unos presupuestos que merezcan general aplauso.

REVISTA DE MADRID

Si las revistas han de dar idea del aspecto que durante la semana presenta la villa y corte, estoy obligado á hablar de presupuestos, lo que equivale á meterme en camisas de once varas; pero todos los vecinos de Madrid, y también todos los españoles, estamos metidos en ella, y no queda otro recurso que salir cada cual de la suya como Dios le dé á entender.

Hoy no hay quien no esté ocupado en hacer operaciones de resta, que para los que en la tierra de garbanzos hemos nacido, es en estos días la principal de la aritmética, porque lo que se trata de saber es cuánto nos queda después de lo que el Tesoro nos toma para saldar los desastres de la guerra.

—Hay que comprimirse—dice el ama de casa.—¡Ruperta, ni con migas logramos poner el plato!—esclama el pensionista.—Hijas mías, dice la mamá: cuando paséis por delante de la casa de la modista, miradla bien, porque no habéis de volver á verla mientras dure el déficit.—¿Qué es eso de déficit, mamá?—pues que ahora coseréis vosotras los vestidos.—Pero ¿quién los corta?—Llevadlos á Villaverde, que tiene buena tijera.—

Villaverde es el hombre del día, el vidriero á quien ha llamado la nación para que ponga los cristales rotos por los bullangueros que gritando en las calles de Madrid ayudaron á los fanfarrones que querían comerse á los yankees crudos, arrollando unos y otros á las personas dotadas de sentido común que no se formaban ilusiones respecto á las consecuencias de la insensatez, pero que no tuvieron valor para oponerse á ella. Ahora todo el mundo dice:—¡Tío, yo no he sido!—y echa la culpa al vecino, porque estamos en presencia de la realidad proclamada por el ministro de Hacienda, cuya voz hace saltar de espanto las monedas en el bolsillo de los contribuyentes. No queda otro recurso que suprimir un garbanzo, ó una tajada, ó el veraneo, ó privarse de ir á los toros para equilibrar el presupuesto y pagar lo que el Estado exija; y menos mal si escarmentamos y la tremenda lección resulta aprovechada.

Villaverde es el hombre del día, y si mis lectores desean conocerle, tendré el gusto de presentárselo. Tiene buena estatura y buenas carnes; el andar apresurado y los movimientos nerviosos. Cetrina es la color, redonda la cara, ojos animados, bigote escaso, resto de una barba negra y cerrada que se ha salvado de la navaja, lo que me hace sospechar que comenzaban á asomar las caras, pues cuando dan con ellas al mirarse en el espejo los que ya han pasado de la juventud, piden el auxilio del barbero

para conservar la ilusión de que no van camino de la vejez.

Es abogado, fué catedrático supernumerario de Derecho penal en la Universidad Central y muy joven tomó asiento en el Congreso en las Cortes del 72, figurando entre los radicales; pero los desórdenes del período revolucionario le curaron de sus radicalismos y antes de la Restauración se colocó resueltamente al lado de Cánovas, quien entre otros cargos le confió el gobierno civil de Madrid en 1884, en que dió á conocer sus cualidades con ocasión del motín de estudiantes á que dió lugar el discurso leído por el señor Morayta al inaugurar el curso, quien fué en aquellos días, con gran satisfacción propia, pues le permitía darse pisto; el simbolo bullanguero de los escolares. Villaverde creyó que los estudiantes no se diferencian en nada de los demás ciudadanos cuando alborotan, y opuso al desorden la policía para contener en la calle Ancha de San Bernardo á los alumnos del Colegio de San Carlos, que querian unirse á sus compañeros de la Universidad para aumentar las proposiciones del motín.

Las oposiciones rasgaron sus vestiduras porque no se había respetado eso que se llama fuero universitario, que hace un siglo está enterrado, y en el Congreso arremetieron contra el señor Villaverde, que les hizo frente con arrogancia y acometividad. Cuando se levantaba para hacer uso de la palabra, decían los diputados:—Ahora viene el ariá de bravura.—Realmente lo eran los discursos del gobernador de Madrid, que en aquella ocasión demostró que tenía talla para ministro.

Así lo comprendió Cánovas; y cuando Romero Robledo salió del gabinete, el 12 de julio de 1885, por el clamoreo que habían levantado sus medidas sanitarias, dió la cartera de Gobernación á Villaverde, quien tomó el tren y se fué á Granada, donde el cólera hacía estragos, para levantar con su presencia el ánimo de los epidemiados. En el gabinete de 1890 fué nombrado ministro de Gracia y Justicia, pero cuando el 21 de noviembre del 91 el señor Silvela planteó la crisis con motivo del reingreso de los romeristas en el partido conservador, Villaverde quiso seguirle. Cánovas creía poder contar con él, pero en el momento de reunirse los ministros en la Huerta para ir á jurar, se encontró con la para él desagradable novedad de que don Raimundo no quería figurar en la nueva combinación. Para salir del apuro, que el tiempo apremiaba, Cánovas mandó un recado urgente á Cos-Gayón, que vivía cerca, en la calle de Claudio Coello, para anunciarle que debía encargarse de la cartera de Gracia y Justicia.

Desde entonces villaverde ha corrido la suerte de Silvela, y los huecos que la muerte ha hecho en el partido conservador le han dado tanta importancia que nadie le disputa el segundo puesto, porque Pidal, por sus condiciones especiales, estará siempre mejor en la presidencia del Congreso que en el banco azul ocupando la cabecera del gobierno. No considero al actual ministro de Hacienda como político de cualidades extraordinarias, pero su puesto está en la primera fila porque, por no tener nada, ni notabilidades nos quedan, y con tristeza he de añadir que detrás de Villaverde no viene nadie.—A. O.

FANTASÍA CREPUSCULAR

Era una hermosa tarde del mes de septiembre. Paseábame en compañía de un grupo interesante de niños, tiernas criaturas, que siempre me han gustado, paseábame, digo, por la plaza, sitio de mi predilección; porque allí, apartado del bullicio de los hombres, á la vista del mar inmenso, el corazón se humilla, adora y admira al Supremo Hacedor y la fantasía tomando raudos vuelos, afecta las formas más caprichosas y extrañas. Viendo á los niños, jugueteando, cual ideales geniecillos, entreteniéndose en buscar almejas y abrir hoyos en la movediza arena, subí pausadamente por la costa y me senté en una de las rocas, que habrá resistido mil tempestades y cuya frente habrá coronado cien mil veces de blanca espuma la furia del oleaje. A mis pies murmuraba blandamente el mar de azuladas aguas, que allá en los límites del horizonte parecía confundirse con otro mar más inmenso todavía, con el azul del firmamento. Agolpóse, entonces, á mi mente un mundo de ideas, recorrí en breves instantes historias de antiguos tiempos, la historia del Mediterráneo, viendo desfilar como espectros de colosal linterna mágica, grandes figuras, hechos heroicos, batallas sangrientas y otros trotes espantosos. Parecíame distinguir las primitivas naves de los Focifs y de los Rodios, que abordando las costas orientales de la antigua Hesperia, fundaban sus célebres colonias de Denia, Emporium, Rodope y Sagunto, la heroica Sagunto, que inmortalizó su nombre con uno de los actos más grandes del mundo. Ví, también, á Roma y Cartago disputarse con encarnizamiento el imperio del mar, que Virgilio cantara en su Eneida. Y las colosales figuras de ambos Rogers paseando sus orgullosas naves á lo largo de las costas y el otro, con un puñado de héroes partir hacia el Oriente para llevar á cabo aquella gran epopeya que han admirado todos los siglos. Como visión fantástica contemplaba el golfo de Lepanto y surgir del fondo de las aguas, cual fantasmas las siluetas de don Juan de Austria, Cardona y Requesens, rodeados como de su nimbo de gloria mezclado con brumas marítimas, brillando la sangre sobre la ondina azul.

Y más tarde los grandes trasatlánticos y los grandes acorazados de todos los países, cimbrándose magestuosamente á impulsos del oleaje, echando al aire el canto de sus sirenas y penachos de vapor, desafiando los pasados tiempos con la marcha del progreso que simbolizan.

Luego desvaneciése por completo mi ilusión y fijando la vista en el grupo de niños entretenidos todavía, exclamé:

Dichosas criaturas, vosotros tenéis aún tranquilo el corazón, cómo está tranquila la superficie de este mar, día vendrá en que ya no seréis dichosos; porque hervirán dentro de vosotros tempestades terribles, como las de este mismo mar cuando rugé furibundo y azota sin piedad los peñascos de la costa.

El sol se hundía en Occidente tiñendo las nubes de púrpura y esarlata; las olas lamían dulcemente las arenas de la playa y el mar parecía dormirse en sus riberas.

A. T.

—Pues si no te importa, no te metas con mis sombreros.

—Vete á paseo.

Y Mad. Saupiquet salió del cuarto dando un portazo.

—¡Vaya una suerte la mía!—dijo Saupiquet;—haga lo que quiera, tengo la seguridad de que no ha de agrandar á mi mujer. Ahora, por ejemplo, me censura porque no me pongo el sombrero nuevo, y después hará lo propio porque me lo pongo.

Algunos días después le decía á su mujer:

—Voy á salir.

—Bueno; ¿y adonde vas?

—A ver al pobre Mariton que está enfermo.

—¿Y para ir á ver á Mariton te pones el sombrero nuevo?

—Ya me figuraba que me ibas á decir eso; si me hubiera puesto el viejo; me habrías dicho lo contrario.

—Pues entonces envía el otro á la guardilla.

Entonces Saupiquet cogió el sombrero con rabia y lo tiró.

—Ya no me fastidiarás más con el sombrero.

—Ese hace el número 28—dijo madame riendo á carcajadas.

Saupiquet salió bruscamente y se dirigió al domicilio de Mariton; en el camino se detuvo ante un puesto de libros viejos, en el momento el dependiente vino á cubrirlos con un encerado.

—Dispensad—le dijo,—pero llueve.

—¿Llueve?—exclamó Saupiquet;—pues es verdad, y no he traído paraguas! ¡adiós, mi sombrero nuevo!

En este momento empezó á caer el agua á torrentes.

—Ya no puedo ir á pié con este abrigo á casa de Mariton;—y se refugió en un portal llamando á cuantos carruajes pasaban, y cuyos cocheros, como llevaban pasajeros, no se dignaban contestarle.

Creyendo que no le oían avanzó hasta el borde de la acera, sin obtener mejor resultado. Al volver precipitadamente al portal tropezó con el paragua de un transeunte, y su sombrero nuevo rodó por el barro.

—¡Caramba!—dijo Saupiquet muy enfadado.

—Bonito estreno, ¡como se va á poner mi mujer!...

En este momento un viajero descendía del ómnibus que conducía á casa de Mariton, y nuestro héroe se apresuró á saltar el estribo para ocupar el puesto vacante, pero un viajero de la imparcial que esperaba se desocupase en el interior, bajó al propio tiempo para tomarlo y puso justamente el pié sobre la cabeza de Saupiquet, hundiéndole el desdichado sombrero hasta la nariz, y apoderándose del sitio en tanto que aquél se esforzaba en desembarazarse del sombrero que lo cegaba.

—¡Me hacéis el favor del dinero?—dijo el conductor.

—¿El dinero? Esperad al menos que me sienta.

—En este momento no hay asiento libre.

—¡No hay asiento libre!—dijo incomodado Saupiquet.

—Acaban de ocuparlo, pero pagad vuestro sitio en la plataforma.

¿Y creéis que voy á pagar 30 céntimos por quedarme aquí?

—Pues bajos.

El infortunado Saupiquet, no se lo hizo repetir y se precipitó en un nuevo portal, jurando como un carretero, en medio de las carcajadas de otras personas, que, como él, se habían refugiado allí, y se divertieron viéndole arreglar el sombrero, que había convertido en un acerdeón el viejo de la imperial.

Uno de los refugiados, más compasivo, le dijo.

—En el tercero hay un sombrero que lo arreglaré en el acto.

—Muchas gracias—respondió, y subió á casa del sombrerero.

La operación duró una hora, y le costó tres francos. No quedó tan bien como quisiera, pero pudo ponérselo, y se fué á un café á esperar que cesase la lluvia; pidió un refresco para tener el derecho de sentarse, y se puso á leer los periódicos para distraerse de las reflexiones que le sugerían sus desdichas, colgando su sombrero en una percha.

Ya casi había cesado la lluvia, y distraído, descolgó maquinalmente el sombrero vecino del suyo; en aquel momento dos mozos del café le cogieron del cuello, diciendo:

—Ya lo tenemos; ya cogimos al ladrón de sombreros.

—¡Yo un ladrón de sombreros!—decía indignado...

Ya os explicaréis ante el comisario.

Y sin querer escucharla, fué conducido por las calles, seguido de una porción de chiquillos, hasta la comisaría.

—S. nor comisario—dijo el dueño del café:—desde hace 15 días se introducía un malhechor en mi establecimiento, y se entretenía en robar sombreros, y aquí lo traemos, cogido «infraganti».

—Pero si yo sólo me equivoqué de sombrero, y la prueba está en que no tengo más que uno.

—Es porque ordinariamente preguntáis por los retretes, lo escondéis allí y volvéis á buscar el vuestro; pero esta vez no habéis tenido tiempo.

—¡Vaya una desdicha la mía! Soy un hombre honrado; pueden tomarse informes en mi casa—y dió las señas.

Aun no había pasado una hora, cuando el agente que fué enviado al domicilio de Saupiquet, regresó cargado con una gran cantidad de sombreros.

—He aquí lo que he encontrado en su casa. La mujer había salido y la criada fué quien me acompañó á hacer el registro.

—Y bien—dijo el comisario,—¿os atreveréis á negar que os ocupáis en robar sombreros?

—¡Lo niego en absoluto!—exclamó,—todos esos sombreros son de mi propiedad, sólo que no me los pongo ya.

—¿No os los poneis y los tenéis en vuestra casa?

—Ya mi mujer me había dicho muchas veces que llamara un traperero y se los vendiera, pero siempre se me olvidaba, soy muy distraído, no tengo cabeza para nada.

—¡No tenéis cabeza y poseéis 28 sombreros!

Esta acusación de ladrón dirigida contra un hombre honrado, claro es que no podía prosperar, y el comisario de su barrio deshizo el error.

Se apresuró á volver á su casa y aun no había regresado su mujer que ignoró siempre sus tribulaciones.

Pero á partir de ese día, y al notar en el sombrero nuevo las huellas de los golpes recibidos, tuvo que soportar las incesantes reprimendas de su mujer que, á sus reproches no contestaba más que «Acaso me meto yo en los sombreros que comprás».

Pasaron 30 años, y viejos ya, cierto día en que llovía á mares y miraban á través de los cristales, como caía el agua, dijo el marido:

—¡Que tiempo!

—Recuerda el que hizo cuando estrenaste aquel famoso sombrero—contestó la mujer.

JULES MAINEAU.

Telegramas

Madrid, 26, 3 m.

El señor Silvela ha hecho importantes declaraciones acerca de la situación.

Niega que se van á suspender las sesiones de Cortes sin aprobar los presupuestos, aunque duren hasta octubre, pues es una cuestión de Gobierno.

Ha añadido el señor Silvela que aceptará las modificaciones que mejoren los proyectos presentados.

Si estas modificaciones—ha dicho—alterasen los cálculos relativos á los ingresos, se modificarían los servicios públicos hasta la nivelación.

Si las Cortes se cerraran sin aprobar los presupuestos, el Gobierno se consideraría fracasado.

Acerca de la revisión del proceso contra los anarquistas, ha dicho el señor Silvela que el Gobierno dará su opinión cuando se discuta la proposición anunciada por el señor Azcárate, añadiendo que no se opone á la revisión sobre la base de la prueba de que las declaraciones de los acusados les fueron arrancadas por medio de la violencia; pero no aceptará que el asunto pase á la jurisdicción ordinaria, porque esto sería agravar á los tribunales militares.

Madrid, 25, 4'10 t.

Nuestro activo corresponsal en Zaragoza nos da cuenta de los graves sucesos que se han desarrollado en la capital aragonesa con motivo de la manifestación de hoy, por las personas que protestan contra el plan económico del ministro de Hacienda.

A las doce de la tarde la manifestación quedó organizada en forma seria, revistiendo gran importancia.

Entre los manifestantes se mezclaron

elementos de esos que siempre se hallan en disposición de perturbar el orden.

Al llegar la manifestación á la plaza de San Francisco, un grupo bastante numeroso prorrumpió en mueras y en gritos subversivos.

No se contentaron con esto, sino que se pretendieron penetrar en el palacio de la Diputación provincial, que es donde reside el gobernador de la provincia.

Al enterarse de lo que ocurría salió éste á la plaza escoltado por varias parejas de á caballo de la Guardia civil.

Un individuo llegó hasta muy cerca del gobernador, y sacando una inconmensurable navaja, trató de asestar una puñalada á la primera autoridad civil.

Un delegado de policía se interpuso, recibiendo el navajazo en una mano, la cual quedó separada del brazo.

Entre la policía y los revoltosos hubo lucha, repartiendo muchos garrotreros y sablazos.

Intervino la benemérita, y entonces se entabló una verdadera refriega, de la cual han resultado doce heridos de más ó menos gravedad.

También se oyeron algunos disparos de armas de fuego.

En el vecindario cundió la alarma.

Los establecimientos no cerraron sus puertas porque ya lo habían hecho con motivo de la manifestación; pero las de las casas particulares se cerraron en su mayoría.

Hubo carreras y bastantes sustos.

Los sucesos seguían desarrollándose en el Paseo de Santa Eugenia y las refriegas continuaban.

Un guardia civil falleció de resultas de las heridas que recibió.

El grupo de los revoltosos se dirigió al palacio que los jesuitas poseen á la entrada del paseo de Torrero, á orillas del río Huelva.

Al llegar á las puertas quisieron franquearlas y asaltar el edificio.

El asalto querían hacerlo porque, con la intención que es de suponer, algunos circularon la criminal especie de que los jesuitas habían degollado dos niños. Con este motivo querían quemar á cuantos jesuitas se encontrasen en el Palacio.

La muchedumbre penetró en el patio grande y en los jardines, y se dirigía á la puerta principal cuando inesperadamente les salió al encuentro la Guardia civil, la cual con sus energías rechazó al grupo de los revoltosos.

Algunos de éstos lograron llegar hasta el vestíbulo, donde causaron bastantes destrozos.

Desalojado el jardín, quedó éste y la puerta custodiados por las fuerzas de la benemérita.

Mientras tanto, fuera, en el paseo de Torrero, Puente del Huerva y Puerta de Santa Engracia, se sucedían sin interrupción los gritos y los mueras.

El general Borbón, que pasaba por aquellos lugares en un coche, fué rodeado por la muchedumbre, la cual le apaleó desconsiderablemente.

En vista del desarrollo que tomaban los sucesos, se celebró junta de autoridades, conviniéndose en que la autoridad civil resignase el mando en la militar, proclamándose seguidamente la ley marcial.

A pesar de esta disposición la tranquilidad, á la hora en que telegrafiamos, es relativa.

Congreso

Madrid, 26, 5 t.

A la hora reglamentaria se abre la sesión bajo la presidencia del señor García Alix.

Se lee el acta, y el señor Lletjet promueve un incidente sobre la misma, acerca de unas palabras que le dirigió el señor García Alix y las cuales considera ofensivas el orador.

Se aprueba el acta y se da cuenta de haberse recibido en la secretaría del Congreso la exposición de las Cámaras de Comercio, la cual pasará á las secciones.

Se acordó imprimir dicha exposición,

para que la conozcan y la estudien los señores diputados.

El señor Lletjet formula varias preguntas de escaso interés.

El señor Poveda pregunta al ministro de Marina en que forma se suprimirá el personal de la armada.

El señor Gómez Imaz le contesta que se suprimirán las dos terceras partes de las vacantes que ocurran.

También se reducirán las plazas de ingreso.

El señor Romero Robledo pregunta al Gobierno si es cierto que se haya alterado el orden en Zaragoza y Sevilla. (Espectación.)

(La Cámara llenísima.)

El señor Silvela dice que en Madrid se ha realizado una manifestación pacífica.

Sólo algunos vagabundos, gente sin opiniones que buscan el provecho propio en todas las algaradas, han roto cristales y realizado tropelías con escándalo de la opinión sensata.

En Sevilla, añade, ha ocurrido algún desorden de escasa importancia.

En Zaragoza ha habido tumultos de mayor gravedad, resultando algunos heridos.

Esto ha obligado al Gobierno á declarar el estado de guerra en aquella provincia.

El Gobierno respetará el derecho de la opinión, pero está dispuesto á reprimir con toda energía cualquier alteración del orden público, y si lo de Zaragoza se repitiese en otras provincias, el Gobierno no tendría inconveniente en hacer general el estado de guerra para dejar al cuidado de las autoridades militares la represión de tales perturbaciones.

Sin orden es imposible intentar la regeneración del país.

(Aplausos en la mayoría.)

El señor Lletjet pide varios documentos referentes á la cesión de Filipinas á los Estados Unidos y ruega al Gobierno que le aclare algunas dudas acerca de este asunto.

El señor Silvela las aclara, diciendo que no hay documentos porque las negociaciones fueron verbales.

El mismo señor Lletjet pregunta al señor ministro de Marina por qué permitió que viniesen perfectamente embalados en los buques de guerra los muebles de las oficinas militares de la Habana, y en cambio las municiones y armamento venían abandonados, sin orden ni cuidado.

El ministro le dice que los muebles á que el señor Lletjet alude fueron embarcados como equipaje de los jefes y oficiales repatriados.

El señor Palma pide al señor Silvela más detalles de los tumultos ocurridos en provincias.

El jefe del Gobierno le contesta que no sabe nada más que lo anteriormente manifestado.

El señor Sánchez Guerra pregunta si son ciertas las denuncias de la prensa inglesa acerca de los malos tratamientos á que se supone están sujetos los indígenas de Fernando Póo.

Madrid, 26, 6'20 t.

El ministro de la Gobernación ha celebrado una conferencia con los señores Planas y Casals y Ferrer y Vidal, acerca de las disidencias que existen entre los conservadores de Barcelona.

El propósito del señor Dato es el de unir las dos fracciones de los conservadores barceloneses, creyéndose que logrará su objeto.

DINERO

Tiene el encargo de colocarlo al cinco ó al seis por ciento anual, según sea la garantía hipotecaria, don Pedro Llort, calle de la Nao, 15, entresuelo.

Igual encargo tiene para la compra y venta de fincas rústicas y urbanas.

SE COMPRAN

botellas de un litro de cabida. Informarán en la imprenta de este periódico.

IMPRENTA DE «LA PROVINCIA DE TARRAGONA»
Méndez Núñez, 6

SECCIÓN DE ANUNCIOS

DISPONIBLE

Matilde Guillem

MODISTA

Esmero, perfección y economía en toda clase de ropa blanca

ESPECIALIDAD

en camisas para caballero

Portella, 4, 3.º—TARRAGONA

EMULSION NADAL

de aceite puro de hígado de bacalao con glicerofosfatos é hipofosfitos de cal y de sosa.

ES LA MEJOR

Aprobada y recomendada por el Colegio Oficial de Médicos de Barcelona y analizada por el Dr. Bonet, Catedrático de la Universidad de la misma; considerándola superior á las demás y un indiscutible adelanto de la Farmacia Moderna; tanto por la bondad de su preparación como por la elevada cantidad de sustancias medicamentosas que contiene.

Cura la tos, catarros, bronquitis, tisis, las escrófulas, el raquitismo y la debilidad, ayuda al crecimiento de los huesos y la salida de los dientes. Es el alimento, golosina y medicamento tónico y estimulante del desarrollo físico: completamente asimilable que nutre y conserva la economía contra las causas que depauperan y desnutren el organismo.

El aceite está perfectamente emulsionado y en cierto modo digerido, formando una crema fluida que no da otro trabajo al tubo digestivo que el de la absorción.

Es la mejor de todas las emulsiones, porque contiene un 80 por 100 de hígado de bacalao, y además de los hipofosfitos contiene los glicerofosfatos de cal y de sosa y siendo blanda y de olor y de sabor muy agradables, se conserva indefinidamente, sin agriarse, ni enranciarse, ni separarse del aceite, circunstancias que ninguna otra emulsión reúne; recomendándose por su bondad su economía y ser un producto español.

Se vende en todas las farmacias.

Depositarios: Dr. Andreu, rambla de Cataluña, 120 y 122.—L. Gaza, Sociedad farmacéutica española, Barcelona.—Melchor García, Capellanes, 1, duplicado, Madrid.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Depósitos: Barcelona, Dr. Andreu, L. Gaza, Hijos de J. Vidal y Ribas, S. B. Buñil y C.ª, J. Uriach y C.ª, y V. Ferrer y C.ª—Madrid, Melchor García.—Valencia, J. Andrés y Fabiá y Dr. Costas é hijos.—San Sebastián, Dr. Casadevante.—Zaragoza, Rios hermanos.—Gerona, Dr. Vivas.—Lérida, J. M.ª Borrás.—Tortosa, G. Vergés, J. Roch y E. Carpa.—Reus, B. Carpa.—Figueras, P. Gelart.—Bilbao, S. de Orive.—Sevilla, Lorenzo Ruiz y C.ª, sucesores de Huidobro.—Valls, A. Canals y principales capitales y poblaciones importantes.

M. Nadal, Mayor, 17, Tarragona

La Provincia de Tarragona

DIARIO POLÍTICO

Redacción y administración: Calle de Méndez Núñez, 5

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—En Tarragona, 5 pesetas trimestre. En el resto de España 6 pesetas trimestre, pago anticipado. Extranjero y Ultramar, según franqueo. ANUNCIOS Y REMITIDOS.—A precios convencionales.



LA URBANA

Compañía Anónima de Seguros á prima fija contra el incendio, el rayo y las explosiones del gas, de los aparatos de vapor y de la dinamita

GARANTIAS EN JUNTO 75.000,000 DE PESETAS

Esta Compañía cuenta 61 años de existencia y es la más antigua entre las de su clase que operan en España, tiene establecidas Agencias en Francia, Argelia, España, Bélgica, Suiza, Holanda, Portugal, Egipto y Turquía.

Ha satisfecho por 187.543 incendios, hasta 31 de Diciembre de 1897, la enorme suma de CIENTO CUARENTA Y SIETE MILLONES NUEVECIENTAS TREINTA Y SEIS MIL DOSCIENTAS CINCUENTA Y CUATRO PESETAS.

LA URBANA, accediendo á las peticiones de sus Asegurados, ha establecido recientemente una nueva garantía. Mediante el pago de una pequeña sobre-prima, anual, responde además de los daños que la Dinamita y otras substancias análogas, pudieran causar á los objetos garantizados por el incendio, ya dichas substancias fueren introducidas en los riesgos asegurados ó colocadas en sus alrededores, cualquiera que sea la causa de la explosión.

Esta Compañía satisface al contado el importe de los siniestros en la Dirección á que corresponde la póliza ó en Madrid á elección del Asegurado.

Su antigüedad, la elevada suma que representan sus capitales asegurados y la puntualidad con que cumple sus compromisos, son la prueba más patente de su respetabilidad y de su importancia.

Las acciones de la Compañía LA URBANA emitidas por un valor de mil pesetas y cuyo desembolso ha sido tan solo de doscientas cincuenta pesetas, se cotizan hoy en la Bolsa de París á cinco mil trescientas pesetas

precio siempre creciente y que en relación con la cantidad desembolsada, no ha alcanzado ninguna de las demás Compañías establecidas en España.

El seguro contra el incendio es un acto de previsión y hasta una necesidad que ha entrado ya en las costumbres sociales, toda vez que por una módica cantidad al año

se pone á cubierto aquella eventualidad, que si no sobreviene, con poco gasto proporciona tranquilidad al ánimo; y si ocurriese la menor desgracia, suministra una reparación que no se obtiene sin el Seguro

A pesar del gran desarrollo que hoy alcanza el seguro contra incendios, sus progresos serán mucho mayores el día que por todos se aprecien prácticamente sus beneficiosos efectos.

Los propietarios aseguran sus fincas, los fabricantes y comerciantes los objetos de industria y comercio, y solo se mira con indiferencia el seguro de los muebles, que representa un valor positivo y de no poca importancia, expuesto asimismo á desaparecer por el fuego en todo ó su parte.

Este seguro es sumamente económico, y aplicada, como en todos, la prima á un tanto por mil de la suma asegurada, por una pequeñísima cantidad, que se invierte en muchos casos en cualquier capricho, se adquiere la tranquilidad al tener garantizados capitales relativamente considerables.

Para suscripciones y demás informes, dirigirse á su director particular en la provincia D. PABLO FUNTANET y SEGURA, Rambla de San Carlos, 23.—TARRAGONA

Se necesitan Agentes en Reus, Tortosa, Valls, Montblanch, Vendrell y Falset.